

LA SOMBRA DE DON PEPE, TRAS LAS LUCES DE NAIRA

Machi Mirón*

Tal vez yo tenía 14 años cuando conocí a don Pepe Ballón. En verdad, ese “conoci” resulta una exageración pues se dio a través de las palabras de Jacobo Pato Frank, entrañable amigo de casa, que recordaba a menudo a su amigo Pepe a quien yo no había visto ni de lejos. Tampoco lo había conocido personalmente cuando en interminables veladas nocturnas en Santa Cruz, el escritor Jorge Suárez rememoraba el afecto que siempre encontró en casa de Pepe Ballón. Ambos referentes lo pintaban como el paradigma de la solidaridad y el motor impulsor de la creatividad cultural en nuestro medio.

En los años 90, tras mi retorno de Santa Cruz, mientras desandaba la permanente feria del libro que había en la avenida Montes, en busca de alguna joya literaria vieja y lejana que ofrecían por allí, alguien me lo señaló a la distancia, don Pepe Ballón, que rondaba aquellos puestos seguramente en tarea similar. Nuestra primera conversación se dio gracias a mi condición de periodista cultural y fue esa labor la que posibilitó largos diálogos en torno a sus andanzas aunque, claro, él nunca se refería a Pepe Ballón, sino a quienes lo acompañaban en ellas.

Es así que tuve la oportunidad de conocer al poeta venezolano Aquiles Nazoa y de su paso por La Paz en su condición de exiliado, y del reencuentro de ambos en Caracas cuando el exiliado era Ballón. Tengo en mis estantes la antología de Nazoa que don Pepe me obsequió. La solidaridad y el afecto fueron los pilares de aquella relación.

En su casa de la calle Pedro Kramer se repetía mi incansable recorrido por esas paredes colmadas de obras de grandes figuras del arte nacional contemporáneo, donde se distinguían pinturas y dibujos de Luis Luksic, aquel pintor, poeta y titiritero potosino que murió en Caracas, y cuya obra es hoy casi desconocida en nuestro país.

Pepe Ballón tampoco solía hablar de su tarea como editor y difusor de literatura boliviana en los años 50 del siglo pasado, labor que impulsaba a través de las imprentas que administraba editando obras de poetas y narradores. Fue ese amor a la literatura lo

que posibilitó la primera edición de *Del tiempo de la muerte*, antología del poeta Edmundo Camargo que compilara Jorge Suárez.

Mas, si bien don Pepe logró que no se hablara demasiado de su paso como impulsor de la literatura local, nunca pudo ocultar la tarea que permitió en 1965 la creación de la Galería de arte, artesanía y folklore llamada Naira, con el apoyo del pintor Jorge Carrasco Núñez del Prado, en una época cuando no existía esfuerzo privado alguno que impulsara una sala de arte. Sería la única en La Paz, además de la galería que luego se convirtió en el Salón municipal Cecilio Guzmán de Rojas, de la calle Colón.

Esa ausencia de espacios culturales fue la razón básica por la que se creó Naira, inaugurada con una muestra colectiva con obras de Gil Imaná, Enrique Arnal, María Esther Ballivián, Agnés de Frank, Alfredo La Placa, Inés Córdoba y Luis Zilvetti. Naira estaba situada en un espacio, ahora emblemático de la calle Sagárnaga, donde antes había funcionado una imprenta que muchos suponían era del Partido Comunista y cuyo administrador era Pepe Ballón. Desde allí impulsó un concurso de pintura en escala nacional, cuyo premio era de 2.500 dólares, y del que se realizaron tres versiones.

Pero la actividad de Naira no se reducía a las exposiciones de arte, también habían conferencias, teatro, danza, títeres. Allí tenían espacio grupos de teatro como Nuevos Horizontes de Líber Forti o el trabajo del teatrero argentino Edgar Darío Gonzales, quien bautizó a su hija con el nombre de Naira, años después llegaría a La Paz junto a César Brie para crear el Teatro de Los Andes. Por Naira también pasó Alexis Antíguez, titiritero argentino, quien fuera compañero de nuestra Matilde Casazola, y la recordada Tota Arce, que había creado el grupo Teatro Naira, entre muchos otros.

También había lugar para conciertos de música instrumental. Guitarristas como Sergio Suárez Figueroa o Javier Calderón ofrecían sus conciertos allí. Fue Naira escenario de la primera presentación de un joven tupiceño llamado Alfredo Domínguez,

* Germán Arauz Crespo. Periodista y columnista cruceño. machimiron@hotmail.com



Inauguración de la Galería Naira Pepe Ballón y Jorge Carrasco Nuñez del Prado junto a destacados pintores.

quien se había acercado allí a través de don Rolando Costa Arduz. Don Pepe, al referirse a Alfredo recordaba que era un hombre muy tímido, pero lleno de talento, hacía de todo, “como si presintiese que su vida sería corta”. Era dibujante, pintor, guitarrista, compositor y grabador.

Un buen día apareció por allí un suizo recién llegado de Chile y que amaba la música boliviana. Fue Gilbert Favre quien les planteó la organización de una peña folklórica, propuesta que entusiasmó a quienes manejaban Naira, pues coincidía con la necesidad de encarar una tarea para difundir nuestro folklore, entonces relegado por conceptos racistas, entre otros. Tras la decisión de organizar la peña se da el encuentro de Favre con talentosos músicos bolivianos. De ese encuentro nace el grupo Los Jairas, que junto a Domínguez se convierten en lo que sería el gran hito de la música boliviana. “La convocatoria que tenían era impresionante, al punto que en un recinto para 50, entraban 150 personas (...) Y como a la peña venían gente de Francia, España; nuestra sociedad –la ‘hamburguesía’ de este país– se fue acercando (...) Los músicos nuestros eran buenos y ya triunfaban en festivales como el de Salta, aunque aquí no los conocía nadie (...) Gilbert Favre es el hombre clave para el desarrollo del folklore nuestro. ¿Por qué? ¡Porque era extranjero!” , sentenciaba don Pepe.

“Un día aparece en la peña una señora muy desgreñada, oliendo a ajo, ‘busco al señor Favre’, me dice y yo la invito a pasar. Empezamos a conversar. Era sucia, greñuda y descuidada. Conforme transcurría la charla, veo que era una mujer con gran talento. Toda mi primera impresión había cambiado. Al final de la conversación le pregunto quién era, ‘Violeta Parra’, me dice”. La había conocido gracias a que, durante algunas veladas, Favre hacía escuchar cintas grabadas por

ella. Estaba enamorado de Violeta, y ella se quedó en la peña, donde Gilbert ocupaba una pequeña habitación del patio interior”.

Violeta no se quedó mucho tiempo, mas su paso dejó mucha luz, fue ella quien animó a Domínguez a que cantara, compuso allí su *Gracias a la vida*, pero su relación con Favre se deterioró y decidió su retorno a Santiago. Tiempo después se enteraron que se había pegado un tiro. “Fue un golpe duro para Gilbert, lo deprimió muchísimo y sólo se recuperó tras mucho tiempo”, recordaba Ballón.

Naira se había convertido en el centro de atracción sin precedente alguno en el país. Llegó al punto que, para concurrir a las peñas, había que reservar lugar con un mes de anticipación. Regis Debray, el ideólogo de la guerrilla del Che, se hizo amigo de la peña, también se reunían allí intelectuales como Sergio Almaraz, Jorge Suárez o Rolando Costas, pero además iba allí Luis Adolfo Siles, aun siendo presidente. Pero Naira también se hizo conocer como centro político, un espacio signado por la guerrilla y desde ese punto empezaron las presiones de diversos sectores gobernantes. Hasta que en 1972, tras el golpe militar de Hugo Banzer, fue allanada.

Era una época muy peculiar para nuestro país y las sombras se alzaban alrededor de la vieja casona en cuyo traspatio funcionaba esa catedral que produjo una de las revoluciones más efectivas de nuestra cultura nacional, una revolución que además dio un vuelco rotundo al desarrollo de la música nacional. Después vendría el exilio que, sin embargo no se llevó todo, pues la tarea de don Pepe Ballón ya había diseminado sus abundantes semillas.

Recepción: 14 de marzo de 2018

Aprobación: 30 de marzo de 2018

Publicación: Abril de 2018.